



Suicidio del caracol y otros poemas

Suicidio del caracol

El caracol se embriaga
 con la burbuja de glifosato
 que le ofrece la tarde.
 El ebrio caracol grita
 y lanza cosas contra todo y contra nada
 como un caballo enfurecido,
 da volteretas como una fiera enjaulada,
 muerde el polvo
 y se revuelca en el fango,
 El caracol ríe como loco
 y su risa conmueve
 la solemnidad de las piedras.
 El caracol desenfunda
 un puñal de barro
 y hace temblar con su chillido de guerra
 al desolado horizonte.
 El valiente caracol toma un nuevo aire,
 se yergue,
 da unos cuantos pasos,
 se tambalea
 como un payaso herido de muerte
 y de pronto se lanza al vacío
 desde el borde de una rama reseca.

Notificación de la libélula

De donde yo vengo
 el futuro es una bandera pintada
 en el hocico de la luna,
 es una inmensa franja de cielo
 que envuelve a los humildes y los asfixia,
 de donde vengo
 no hay más luz
 que el estallido demencial del glifosato
 Hacia donde voy
 el futuro es un monstruo iluminado
 con grandes dientes afilados,
 con una nube de maldad en la mandíbula
 y una piedra asesina en la mirada.
 De donde yo vengo y hacia donde voy
 el cielo se orina en las arrugas de la tierra,
 el cielo pudre el aliento de los pájaros,
 el cielo maldice el candor de las violetas,
 el cielo desprecia la mano que le tienden las
 hormigas
 y destroza la virginidad de las adoloridas
 piedras.

Diatriba de la hormiga

Todos los días
 miro a las gentes salir, recién bañadas,
 a pasear
 como un perro fiel su mezquindad.
 Pasan y me pisan con sus zapatos viejos.
 Los conozco,
 persigo su dolor de antes,
 Distingo su jabón amargo
 Van doliéndose
 en los dientes recién lavados
 y en sus bolsillos rotos
 Van y vienen
 en la inmutable tozudez de sus ojeras.
 Todos los días
 miro a las gentes sacar a pasear
 su dolor de nacimiento y muerte,

Yo los veo entrar en las tiendas
 y feriar a cambio de nada su alma,
 los siento ahorcándose en las prenderías,
 Lloran de desolación en las iglesias,
 corren hacia el abismo brutal de la oficina
 maldicen los espejos y los relojes de los gimnasios,
 copulan dentro de sus televisores
 y vacían las droguerías
 como si la estupidez tuviera alivio.
 Yo sé de sus días
 de cómo se hunden en la histeria
 como mastican el hambre
 y se beben a sorbos lentos la tristeza.
 Me da risa
 verlos devorarse despacito unos a otros
 y pelearse como buitres
 el favor de un día
 a quien no le va ni le viene
 ese delirio de cobardes de rodillas.
 Todos los días veo a las gentes
 salir, recién bañadas, a pasear
 como un perro fiel su mezquindad
 y me despiertan el lado oscuro de la ternura
 y mi corazón tiembla
 como un tambor enloquecido
 y quisiera tener una afilada guadaña
 y cortarles a todos las desocupadas cabezas.

Caballo con glifosato

El caballo se hace de silencios y mordiscos
 de pisadas leves y sudor espeso
 de caminos forajidos y de viento.
 El caballo es una prolongación de la noche,
 una curvatura del cielo,
 una porción de aire suspendida de una rama.
 El caballo es una palabra
 como esas que a veces se desprenden
 maduras de los labios.
 El caballo trabaja con su sombra
 construyendo campos de batalla
 donde naufragan las nubes
 y el sudor vacía sus alforjas.
 El caballo no sabe donde ir
 con tantas preguntas
 que en las noches recopila:
 y no sabe que hacer
 con el lunar de glifosato
 que le hiere el brillo
 de las entumecidas ancas.

Veleidad de la lluvia

La lluvia es una mano
 que te empuja suavemente al sacrificio;
 es un enemigo que te canta
 dulcemente detrás del oído.
 La lluvia tiene ganas de volverse niña
 y mojarse los pies en un estanque;
 tiene sed de beberse a sí misma
 contra un labio descubierto.
 La lluvia lleva un reloj de agua exacta
 para llegar puntual a todas las muertes.

El cadáver de la luna

Al comienzo vinieron las avionetas infames
 y esparcieron glifosato
 sobre el dorso de la luna llena;

entonces escuchamos sus gritos atroces
 como de bestia martirizada,
 la miramos tambalearse
 en su dolor y orfandad de siglos:
 estaba chamuscada
 con el costado izquierdo entumecido
 y su único ojo extraviado.
 Después la vimos ocultarse
 detrás de unas nubes impasibles
 y estuvo algún tiempo
 fumando su hachis rudimentario.
 Se reclinó cómodamente
 sobre el lomo de las histéricas piedras
 y pareció sentirse aliviada.
 De pronto la sentimos desaguarse en nauseas
 y venirse en vómito
 sobre los techos de lata perforada;
 estuvo alucinando
 y en su delirio de alimaña moribunda
 ultrajó a grandes voces la dignidad del cielo.
 Las convulsiones finales
 le sobrevinieron en la madrugada,
 cuando el viento era simplemente
 la sombra de un animal extraviado
 pataleando en las marañas del universo.
 Su cadáver vino a quedar
 suspendido en las ramas de un humilde
 limonero:
 estaba flácida en su redondez insultante
 con los colmillos en desbandada,
 las pezuñas rotas,
 la vagina engarrotada
 y un aliento atroz como de lagarto fermentado.

Yagé y glifosato

Las he visto en el yagé:
 En manada embisten
 el bocado de luz que abastece a las luciérnagas.
 Son tantas y tan crueles
 como alfileres de escalofrío y niebla.
 Las he visto atormentando con astillas
 los pezones de las niñas
 Las he visto tendidas en la hierba
 chupándose el dedo enfermo
 y desafiando las espirales del viento.
 Las he visto atravesar el frío
 con sus grandes pezuñas
 como puñales de piedra.
 Las he visto enloquecer en los pozos de agua
 donde la luna esconde
 sus aparejos de alma en pena
 Las he visto degollar el arco iris
 y arrojar sus plumas de colores
 sobre los peñascos
 las he visto recorrer a gritos
 el desolado infierno
 y derramar sus meados de vidrio
 que pudren la mañana.